

ANTONIO BURGOS, LA CREACIÓN DE UN PARADIGMA DE SEVILLA

Por IGNACIO CAMACHO LÓPEZ DE SAGREDO
Académico de la RASBL

No existe para un escritor, y no digamos para un periodista, mayor timbre de gloria que el de haber logrado forjar el canon de un estado de conciencia colectiva. Ése es el gran legado de Antonio Burgos que permanecerá para siempre en la historia de Sevilla: la creación de un paradigma sentimental, estético y cultural a través del cual la ciudad ha aprendido a mirarse a sí misma. Un modelo que recoge la brillante tradición de Izquierdo, de Montoto, de Chaves Nogales, de Cernuda, de Romero Murube, de Montesinos, para fundirlo en una impresionante producción escrita donde los sevillanos de las últimas cinco décadas han encontrado el reflejo de su propia manera de entender la vida. Una aportación monumental a la memoria urbana, un registro minucioso y cabal de los secretos que la Vieja Dama esconde entre los pliegues del tiempo; un formidable espejo sthendaliano de la identidad emocional y social de un pueblo.

Burgos fue mucho más que un escritor costumbrista, esa etiqueta, aplicada también por cierto a Larra, con que ciertas élites petulantes han tratado a veces de desdeñar su condición literaria. Fue, es, el creador de un concepto de la ciudad contemporánea. El de Sevilla como utopía, como ensoñación, como territorio mítico, como leyenda, como quimera abstracta escon-

dida entre los ásperos y a menudo decepcionantes avatares de su realidad cotidiana. Una Sevilla aspiracional, idealizada, casi mágica, construida con los materiales de la memoria, la experiencia y la nostalgia, buscada y encontrada más allá de los lugares comunes de su imagen de marca; un anhelo melancólico latente al fondo de la aculturación, de la tematización turística, de la voracidad especulativa, incluso del ombliguismo y la pequeñez localista. Una Sevilla inmanente, enterrada bajo los signos triviales de la posmodernidad, que cada Semana Santa se reconstruye y resucita, como aquellos monjes de la leyenda de Bécquer, para ofrecerse en el esplendor de su plenitud prístina.

De manera consciente o subliminal, la Sevilla de Burgos es la nuestra, la que sus coetáneos hemos aprendido a conocer de su mano, pero también la de esos antecesores literarios cuya herencia administró en régimen de mayorazgo. A través de sus secciones en el diario *ABC*, “Casco Antiguo” y “El recuadro”, puso en marcha una especie de observatorio urbano donde cualquier clase de novedad, incidente o simple rasgo de interés quedó registrado como en un inventario. Personas que nunca leyeron a Murube, a Montesinos o a Chaves los conocieron a través de Burgos sin saberlo, reflejados en el espejo que cada día proyectaba la imagen depurada de un sevillanismo militante, apasionado, esencialista, irredento. La noción de la ciudad como templo donde se rinde culto a un misterio basado en la existencia de un patrimonio artístico e inmaterial imperecedero. Y todo ello transmitido mediante el ejercicio del compromiso testimonial del periodismo como relator de un proceso de evolución comunitaria contado en tiempo real, con los ojos bien abiertos y el oído pegado al suelo donde los pasos de los sevillanos resuenan como un eco.

En ese sentido la Sevilla de hoy, y tal vez también el Cádiz de hoy, son en buena parte una construcción intelectual de Antonio Burgos. Las miramos con su mirada, las criticamos con su crítica, las ponderamos con su pasión, las sentimos con su sensibilidad, las medimos con su medida. Su influencia ha sido inmensa a la hora de levantar no sólo una cartografía sentimental, un mapa de huellas afectivas o un tratado de filosofía íntima, sino también un estado de opinión sobre el modelo tradicional

de ciudad, sus claves históricas o su transformación urbanística. Por eso sus colegas le llamábamos maestro, término que solía rechazar alegando con humor que el único magisterio que reconocía digno de tal nombre es el de Curro Romero. Pero lo era, vaya si lo era: por su estilo, por su fibra moral, por su tenacidad profesional, por su ingenio, por su instinto perceptivo, por su talento multifacético. Por su vocación entregada, por su coraje civil, por su insobornable independencia de criterio. Y porque sólo un maestro puede lograr que sus conciudadanos interioricen como propias las claves de su pensamiento.

Pero cualquier semblanza de Antonio quedaría incompleta si, además de su fundamental aportación a la visión actual y el imaginario colectivo de Sevilla, olvidase o pretiriese su labor pionera en la conformación de una conciencia regional, de un sentimiento andalucista. En ese sentido, *Andalucía, ¿tercer mundo?* fue un ensayo crucial en el surgimiento de una voluntad de regeneración y de lucha contra el subdesarrollo que habría de resultar decisiva en el posterior proceso de construcción de la autonomía. Desde la antigua A.S.A. o la asociación Compromiso Político, todavía en las postrimerías del franquismo, contribuyó a rescatar —junto a Alejandro Rojas Marcos, Luis Uruñuela, José María y Diego de los Santos, Enrique Iniesta y otros precursores del regionalismo—, el testamento ideológico de Blas Infante y José María Osuna como símbolos sobre los que levantar un impulso reformista contra la marginación de Andalucía en el incipiente diseño de la democracia. Esa vindicación, ese activismo está también presente en su faceta de novelista, como componente del grupo de escritores cuya eclosión editorial en los años setenta hizo del Sur un territorio narrativo elevado a la categoría de mito. Era andaluz por sevillano y viceversa; sin identitarismos excluyentes, sin el narcisismo folklórico ni esa vocación de comparsa de un espectáculo que sorprendió a Ortega. Un andaluz claro, como Sánchez Mejías, un regeneracionista desengañado, rebelde ante los estereotipos, dolorido por el eterno menosprecio con que hasta los propios andaluces contemplamos a nuestra tierra. Y un liberal que soñó en vano con una burguesía ilustrada capaz de impulsar el cambio de mentalidad que la Historia ha dejado siempre a medias.

Esa profunda convicción vernácula ilumina y explica su apuesta vital por Sevilla. A Madrid hay que ir pero no hay que irse, solía decir para explicar su renuncia a la inevitable tentación capitalina. Sevilla fue su alfa y su omega, el lugar desde el que contemplar e interpretar España y el mundo sin renunciar a la herencia cosmopolita de una civilización forjada por Roma, el Islam, América y Castilla. Y por ese orgullo y esa vocación y esa fe pagó de buen grado el precio de incomprensión y de displicencia que a menudo exige el supremacismo cultural centralista. Lo bautizó como el otro IVA: el impuesto por vivir en Andalucía.

Permitidme para terminar, queridos amigos, que esta noche pondere en esta que fue su Casa la madurez insigne de su conocimiento, por decirlo con palabras de Federico. Porque, en efecto, tardará mucho tiempo en nacer, si es que nace, otro andaluz tan brillante y otro sevillano tan libre de espíritu. Y porque más allá del amigo perdido, este periodista nunca estará lo suficientemente agradecido a su ejemplo de excelencia en el oficio.